

## Más verde que el trigo.

- ¡Tira más fuerte Cachorro, seguro que lo consigues!

A pesar de los ánimos del Garrapata, mi piedra se quedó a varios palmos del señuelo, como si tuviera reparos de juntarse con las demás. La panda del Pelao se montaba en algarabía por enésima vez esa tarde. Y mi banda, la del Garrapata, de nuevo mordíamos el polvo de la derrota.

- ¡Hemos ganado la copa del Pelao, los que han *perdío* se la han *comío*! – Vociferaban ellos sin complejos.

El silencio lo guardábamos nosotros.

Y para colmo, mi piedra quedó la más lejana. Las cinco piedras marmóreas del arriate de los Pelaos estaban apelonadas junto al tocón del olivo de la plaza Mayor de la aldea, entremezcladas con los cuatro cantos rodados de los Garrapatas. Porque el mío, negro como el destino de mi equipo, parecía un pequeño satélite descolgado de aquella galaxia de estrellas que rodeaba al dios olivo. Por ser algo, mi piedra más bien parecía un agujero negro. Lejana y tardía.

Me sabía peor por los niños de mi panda. Eran buenas personas. Vivíamos todos en la calle Rosal y desde muy pequeñitos nos partíamos la pana por los aledaños de la aldea. Literalmente, porque nuestras madres no ganaban para parches. Nos dejábamos la piel por ella, sobre todo cuando emulábamos al guardameta de moda del Barcelona o del Madrid, o cuando nos arrastrábamos por la tierra cual ágil *cowboy* para escapar de las ramas de un presunto campamento indio. Por desgracia, siempre tenía que aparecer algún Pelao para destrozar nuestro fuerte vaquero o para perseguirnos como indios hasta hundir nuestra cabellera en las frías aguas del río. Los Garrapatas eran sencillos y de familia honrada. Unos jabatos. Estaban acostumbrados a

arremangarse los dobladillos de sus pantalones, ya sea porque los heredaban de sus hermanos mayores o porque tenían que batirse el cobre en los campos de cultivos familiares. Éramos niños pero trabajábamos en el campo. Y no simplemente porque nos obligaran, sino porque no había otra posibilidad. No había alternativa si querías tener un plato de habichuelas en la mesa. Igual que nadie nos obliga hoy a respirar.

Pero los Pelaos eran harina de otro costal. También literalmente, porque sus familias se dedicaban básicamente al cultivo del trigo duro. La de los Garrapatas, al blando. Como no podía ser de otra manera. Y es que esta dicotomía es digna de estudio. Existen varias más en el mundo tan importantes como la de nuestra aldea: oriente u occidente, comunismo o capitalismo, Carnaval o Semana Santa, Betis o Sevilla, diésel o gasolina, encalado de fachadas o pintado con acrílica... pero ninguna tan auténtica como la dialéctica pelo-garrapatera. Si el alcalde garrapatero del pueblo decidía podar la palmera de la plaza Mayor en septiembre, los Pelaos montaban en cólera para que se hiciera en marzo. Si el alcalde pelao decidía reparar el reloj de la iglesia después de muchos años en huelga de segundos, los garrapateros plantaban sus tractores en medio de la plaza para impedir el dispendio de dinero en cosas tan temporales. Así con todo. Y para más inri, vivían en la calle Pulgón.

En cambio, yo veía estas polémicas siempre desde la distancia. Desde la distancia corta que te permite una pequeña aldea de dos mil habitantes, claro. Muy corta. Tanto, que a veces me pinchaba con los tallos de los rosales y me comían los pulgones. Yo vivía al final de la calle Rosal, en el número 7. Pared con pared con la calle Espada. Fina ironía.

Nunca la vi como la mujer de mi vida. Era solo una niña más de la aldea. Hasta que esa tarde, después de perder estrepitosamente a la rayuela, la oí reír. Bueno, ya sé que se reía de mí. No conmigo o por mí, no. De mí. Porque mi tirada fue un desastre. Pero su risa era como una melodía que aliviaba las heridas. Porque la rosa cuando huele no

discrimina su olor a nadie, es bella por naturaleza y no atiende a razones. Con su risa pasaba algo parecido. Da igual que viniera de la hermana del Pelao.

—¡Vámonos ya Cachorro, que la derrota te ha dejado *atontao*!

El Garrapata era mi amigo. Heredó el apodo de su padre, y éste a su vez del suyo. Era el descendente de toda una idiosincrasia generacional en nuestra aldea, como ocurría con la estirpe de los Pelaos. Era un alma bella que incondicionalmente me apoyaba en todo lo que hiciera, lo cual tenía un enorme mérito, porque yo no se lo ponía nada fácil. Debe ser el problema de vivir en los bordillos, en las alambradas, entre trigales. Un paso en falso, y costalazo al canto. Como mi canto rodado y negro. Al menos podía haber sido blanco y parecen una luna. Pero no. La luna se me apareció a mí cuando vi que ella me miró mientras el Garrapata me estiraba del brazo para llevarme a casa.

Generé un cisma en la aldea. Nadie podía entender que un Garrapata se enamorase de una *pelá*. Y encima, uno como yo. Poquita cosa y con vitola de perdedor. Al menos, de inicio conseguí algo inaudito tiempo atrás: poner de acuerdo a las dos facciones en que yo era *un bala perdida*.

—¡Yo te quiero igual, Cachorro! ¡Pero el próximo día te va a animar tu padre!

La astronomía nunca fue mi fuerte. Pero los astros parecen haberse alineado para formar la más hermosa constelación del firmamento. Una tarde de agosto, mientras la aldea discutía acaloradamente sobre la conveniencia del matrimonio cruzado en el caso concreto de los Reyes Católicos —evidentemente, los Garrapatas se identificaban más con la figura de Isabel mientras que los Pelaos enfervorecían con la de Fernando— ella me dijo que sí. En la ribera del río, le ofrecí el anillo y ella me dijo que sí. Allí, sentado encima de un canto rodado y negro ella me dijo que sí. Y se abrió el cielo claro ante nuestros ojos.

Los días posteriores a la boda fueron caóticos. El simple hecho de mudarnos a la casa de la calle Esperanza, a medio camino entre Rosal y Pulgón, fue una odisea. Mi tía Felisa se moría de ganas de colocarnos el aparador de madera de roble herencia del abuelo en el recibidor. Por su parte Adela, una tía de Alegría –que así se llama mi *pelá*– se desvivía por meternos su juego de manteles bordados por la bisabuela hasta en la sopa. Al final, Alegría y yo nos confabulábamos para hacer lo que queríamos, que para algo era nuestra casa. De esta forma, reforzábamos nuestra presunta y falsa autonomía antes de aceptar finalmente el aparador y el juego de manteles, debido a nuestros bajos recursos económicos. Eso sí, la tía Felisa y la tía Adela no dudaban en ponerse de acuerdo para criticar nuestro escaso gusto para la lámpara del comedor, por lo que nuestro hogar de Esperanza se iba convirtiendo en punto de encuentro para limar asperezas entre garrapateros y pelaos. Y así se obró el milagro.

*Pelapata*. La idea se le ocurrió a mi padre. Él era conocido en la aldea por su amor a los animales, y de ahí su apodo: el Pastor. En la granja, tenía gallinas, cerdos, carneros y vacas. El gallinero era el despertador no oficial de la aldea, quizás por eso nunca vio necesario arreglar el reloj de la iglesia. Cuando las labores del campo se lo permitían, vendía leche y huevos a toda la comarca y en ocasiones recibía visitas de gente de la capital ávida de naturaleza. Mi suegra Angustias, en una de las primeras visitas de confraternización familiar, se quedó sorprendida del tamaño del establo, así como de los pitones de los carneros. Así que mi padre, orgulloso por el comentario, decidió hacer visitas guiadas por las instalaciones de la granja. Al alcalde pelao no le importó la idea e incluso colaboró con un anuncio en la plaza Mayor: «Visitas guiadas a la granja *Pelapata*: sábados de 9 a 11 horas». En pocas semanas, toda la aldea había pasado por allí. Debido al éxito y también al henchido orgullo del Pastor que no dejaba de crecer y crecer, mi padre decidió mejorar las instalaciones, organizar de una forma más ordenada los establos y limpiar más frecuentemente la pocilga. Necesitó incluso la mano de obra de un ayudante que le venía a trabajar un día a la semana. Y puso precio a la entrada.

Creo que se nos fue de las manos. Publicar un anuncio en el periódico provincial del domingo hizo que a la semana siguiente decenas de vehículos despampanantes se agolparan en la entrada de la aldea buscando aparcamiento. ¡Madre mía, qué disparate! Un todoterreno se quedó atrapado en la calle Pulgón intentando hacerse hueco en la huerta del Pelao y zarandó con las ruedas del coche las piedras marmóreas del arriate. Otro vehículo creyó inventar una nueva calle sobre la siembra de trigo blando al comprobar que el camino por donde circulaba terminaba de repente, poniendo de los nervios a mi tío Rogelio, el Tranquilo, que hizo las veces de policía local. Algunos foráneos buscaban un restaurante para comer dando por sentado que nuestra aldea disponía de una amplia oferta de restauración con tenedores y estrellas incluidas. Por fortuna, Faustina la panadera les ofreció una improvisada sopa de pan y cebolla que hizo las delicias de los comensales, lo que desencadenó que la panadera fuera la más retratada en los *selfies* de los visitantes y llegó a ser *trending topic* con el *hashtag* #sopacaserapachuparselosdedos. Aunque realmente lo que a ella la satisfacía era la cara de felicidad con la que los invitados rebañaban el plato. Con eso se daba por pagada.

Yo me dediqué todo el día en ayudar a mi padre. Que si dales agua a los visitantes, que si enseñales la gallina clueca, que si ponle de comer al carnero para que haga alguna monería... no paré de trabajar en todo el día. Cuando se fue el último invitado, acabamos de limpiar la granja, tranquilizamos a los animales e hicimos recuento de las ganancias. Setenta y dos euros con cincuenta y cuatro céntimos. Ningún succulento botín para el revuelo generado durante todo el día de hoy, pensé. Menos mal que el Pastor era un hombre de negocios y sabía ver partidas donde los demás veíamos llegadas. No necesitaba ningún máster en una escuela directiva para saber que para cosechar hay que sembrar, y que para contar habas hay que saber también cocerlas. Y Faustina de eso sabe mucho.

Al día siguiente, las caras de incredulidad y de asombro de los vecinos de la aldea reinaban por su presencia. Los corrillos en las puertas de las casas recordaban cientos

de anécdotas con los visitantes urbanos, algunas buenas, algunas no tan buenas. El que estaba más alterado era Rogelio el Tranquilo, que desde bien temprano se puso a arreglar el campo afectado por las huellas del vehículo extraviado. El alcalde convocó un pleno extraordinario con todos los vecinos para evaluar el extraordinario acontecimiento del día anterior, y tras el mismo se tomaron extraordinarias decisiones para aprovechar el tirón económico que la granja *Pelapata* podía suponer para la aldea. En primer lugar, acordaron que toda la aldea se iba a involucrar en la organización de los eventos para que todos los vecinos pudieran verse afectados por los eventuales emolumentos de la expansión turística. En otras palabras, que la aldea se iba a convertir en una especie de museo viviente, cuyo nombre sería «Entorno Rural *Pelapata*». En segundo lugar, y para que la cosa no se fuera por los cerros de Úbeda, se creó una comisión para gestionar la nueva sociedad, la cual estaba presidida durante los cuatro primeros años por el Pastor. En ella, se fomentaría el valor de los productos de la aldea de una manera sostenible, es decir, manteniendo la calidad sin perjuicio del entorno. No podían haber elegido a una mejor persona que el Pastor para dirigir este asunto, quien siempre tuvo muy claro que en el campo no se tira nada y tenía sus tierras mejor abonadas que las de ninguno. Recogida selectiva, lo llamarían ahora. Mi padre siempre lo llamó sentido común.

El siguiente día de visitas ya no cogió de improviso a nadie. Habilitaron la antigua harinera como aparcamiento frente a las insistencias de Rogelio, que desde entonces volvió a hacer honor a su apelativo de tranquilo. La casa de Faustina se convirtió en el comedor para visitantes sin carta ni menú. La cocinera sorprendía a los visitantes con un plato diferente en cada ocasión de acuerdo con la cosecha de la semana. Algo habitual para nosotros, pero que generaba una mezcla entre expectación y algarabía en los comensales. Hoy en día, Faustina es una conocida *influencer* de la cocina de mercado en las redes sociales y cuelga vídeos de sus recetas caseras por internet. Por su parte, la tía Felisa se convirtió en restauradora de muebles y convirtió su casa en un almacén *vintage* que alcanzó un éxito notorio. Éxito también el mío, que a las primeras de cambio pude deshacerme del aparador que no encajaba ni con calzador en el

recibidor de casa. Alegría la que se dio mi mujer cuando lo vendí a un visitante por cincuenta euros. La tía Adela tampoco se quedó atrás y aprendió a bordar por ella misma los manteles, y muchos de sus paños ya adornan las mesas en las Nochebuenas de la capital.

Mientras que por lo que a mí me toca, tengo la impresión de haberme subido por una vez en mi vida al carro ganador. Seguí ayudando a mi padre, como buen cachorro suyo, en la organización de los eventos y me convertí en el *community manager* de la sociedad. Con Alegría, por supuesto. Y con felicidad. Llegamos incluso a rechazar la oferta de un promotor inmobiliario que quería convertir al aldea en una especie de parque temático rural. No, de momento. Que las prisas no le gustan al tío Rogelio. Vendo por los cuatro costados de las redes globales que no hay lugar más auténtico como el que te criaste cuando eras niño. Ni allí donde solías recibir el abrazo de tus padres. Proclamo que un buen puchero solo se cocina cuando se hace con amor. Que no hace falta ser grande para ser próspero, y que normalmente en lo más pequeño está la grandeza. Que los ojos que no se deleitan con un atardecer no han aprendido a mirar. Que solo se pierde cuando has decidido no jugar, y solo se gana cuando has decidido no perder.

—¡Cachorro, vente a jugar a la rayuela, que hoy les damos!

Que un amigo es el mejor tesoro, que son los que te rescatan cuando lo más fácil sería abandonarte. Que las personas no se miden por etiquetas, sino por las sonrisas que te generan en tu corazón. Que nadie es tan malo para que no se merezca otra oportunidad. Que, en el fondo, lo que no me gusta de los demás tampoco me gusta de mí ni para mí. Que vivir en el filo de navaja no solo no es perjudicial, sino que a veces es necesario para poder cambiar el curso de la vida. Que cuando solo parece haber una espada y una pared, también hay una Esperanza, que es más verde que el trigo verde. Y que todo depende de la cara del canto rodado con lo que lo mires.

Demonios, mi piedra se volvió a quedar lejos del tocón del olivo. Nunca se me dio bien este juego.

—¡Cachorro, que voy a comenzar a pensar que en realidad tú eres un Pelao infiltrado!

De nuevo las risas. Sin maldad. La que me cautivó y las demás. En el marco incomparable de la plaza Mayor de mi aldea, la más global del universo porque en ella se toca el cielo.

Y le dimos otro “me gusta” a este nuevo atardecer juntos.

**Faith**